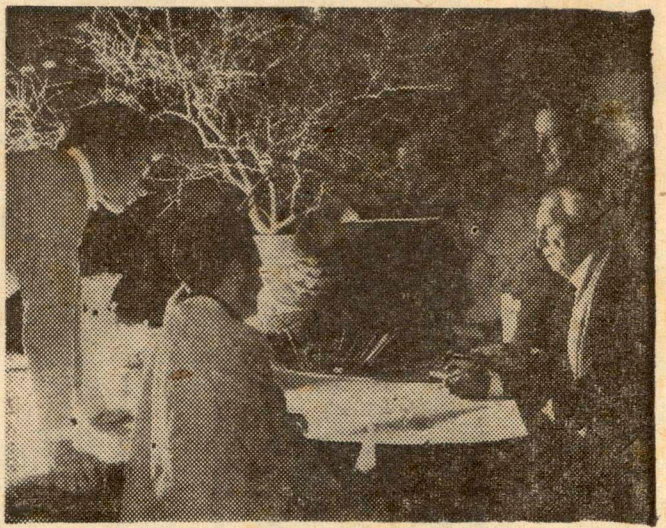
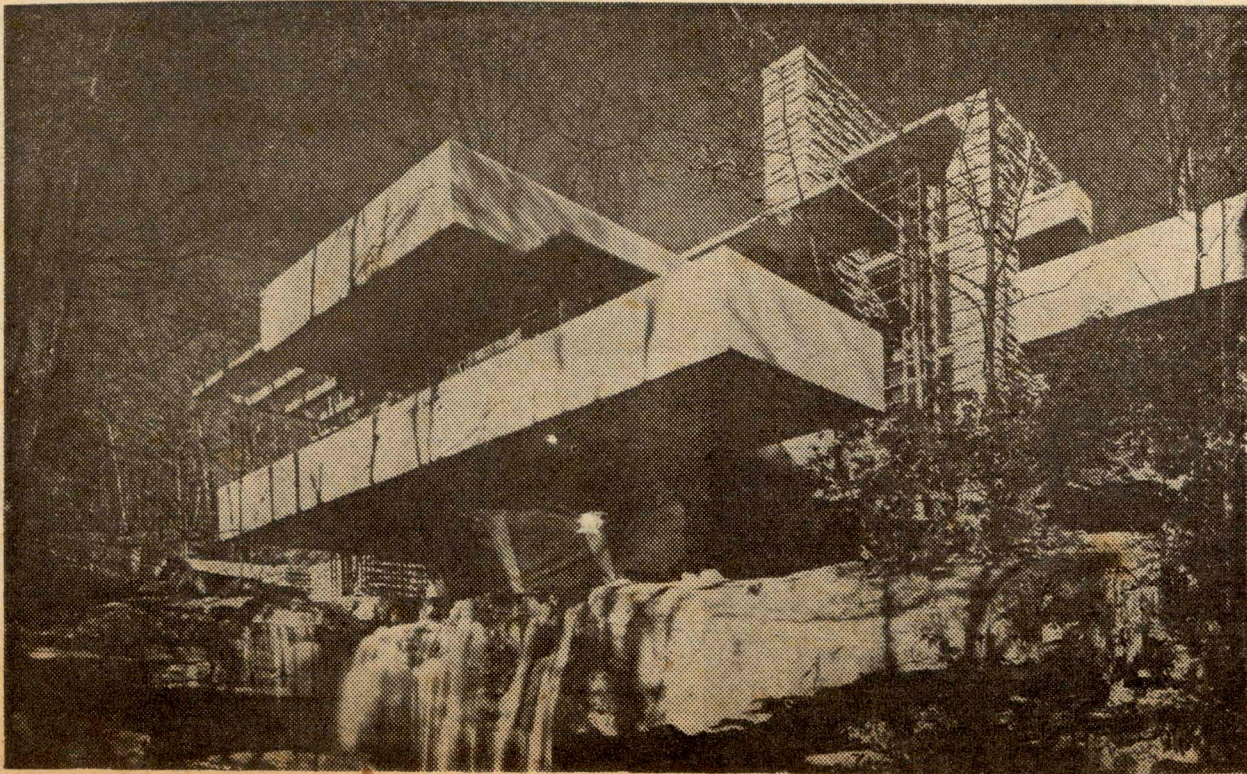


El Hombre Que Hizo De la Casa un Organo



SUS IDEAS FLORECERON EN LA JUVENTUD. FUE UN MAESTRO.



CASA, ROCA, CASCADA, ARBOLES, CONSTITUYEN UN TODO, CUYA ESCALA ES, ANTES QUE OTRA MEDIDA, EL QUE LA HABITA.

Frank Lloyd Wright
logró transformar
la Arquitectura del mundo
afirmando que el edificio
es parte de la naturaleza

por Sebastián Salazar Bondy

“Los rascacielos son un insulto lanzado a la Naturaleza, o sea, a Dios; las cavidades naturales, insertadas de tal modo en la Naturaleza que forman parte de la misma, son las únicas habitaciones perfectas, porque significan nuestra renuncia total a la jactancia humana que quiere levantar moles de murallas, enfáticas y superfluas, sobre la sagrada virginidad de los prados, de los bosques, de las montañas”. Son palabras que Giovanni Papini atribuyó a Frank Lloyd Wright, el más grande creador arquitectónico de los Estados Unidos y, tal vez, del mundo, recién fallecido a los 89 años. Ciertas o ficticias, ellas resumen bien el pensamiento de este notable renovador de la arquitectura, cuyas ideas y cuyas obras —nunca éstas divorciadas de aquéllas— lo semejan a una suerte de Walt Whitman de la construcción norteamericana. En efecto, Wright representó durante su larga vida el ímpetu democrático del pujante pueblo al que perteneció, y a él le dio, como el cantor de “Hojas de Yerba”, un lenguaje auténtico, cargado de significativa trascendencia. La prosperidad económica y el bienestar general consecuente hicieron emerger, a fines del siglo pasado, una vigorosa clase media, hija de la industria, que en vez de lamentarse por la orfandad de tradición y cultura en la que nació, se lanzó a la aventura de darse un estilo. El estilo norteamericano, en lo que respecta a la arquitectura, emanó, tras los balbuceos de Louis Henry Sullivan, con las realizaciones de un grupo de artistas, entre los cuales bien pronto destacó el creador del “movimiento orgánico”, Frank Lloyd Wright.

¿Por qué orgánico? Cuando este artista comenzó a definir su singular personalidad, el oficialismo y la clase poderosa estaban entregados a dos tendencias: una, la ecléctica, que cultivaba el pastiche, la imitación del románico, el gótico o el barroco, y otra, la seudomoderna, empeñada en elevar casas sobre casas, es decir, pisos sobre pisos, en una desenfundada conquista de las alturas. Contra estas dos



CON LA SERENIDAD DE LA VERDAD, LUCHO Y TRIUNFO WRIGHT.

corrientes y sus variantes emprendió la batalla Wright. “Los edificios —dijo— están hechos para vivir en ellos dichosamente, se construyen para contribuir a esta alegría vital”. Y añadió: “La arquitectura orgánica no es una moda o un culto estético. Es un movimiento basado en la profunda idea de una nueva integración de la vida humana, en la que arte, religión y ciencia son la misma cosa: forma y función inseparables”. De tal modo, conforme explicó su propia residencia, cada casa se construye para pertenecer a la región en que está situada y para servir al hombre que la habita. Su instancia última es la de órgano, no la de máquina, como Le Corbusier, el émulo europeo, con un exceso de racionalismo, quería. “Si el esfuerzo del arquitecto tiene éxito —proclamó Wright—, nadie podrá imaginarse esa casa, si no es precisamente donde se encuentra. Es una parte agradable del paisaje general. Lo realza, en vez de estropearlo”.

Un ejemplo ilustra mejor que nada esta doctrina, que es, en suma, una actitud ante el mundo y la criatura humana, a cuya escala este sabio siempre se remitió. Cuando se le encargó Bear Run House, una de las construcciones que llevó su nombre, como el de un revolucionario más allá de las fronteras de su patria, Wright tuvo en cuenta un elemento esencial del paisaje, de la naturaleza: en medio de un hermoso bosque había una larga roca, al lado de la cual caía una cascada. El arquitecto tuvo en cuenta que al propietario “le agradaba el emplazamiento de la casa y le encantaba oír el ruido de la caída de agua”. En posesión del hormigón y el acero, el artista proyectó la residencia desde dicha cornisa natural hacia la musical cascada. La construcción apareció así como brotada del medio, como parte integrante de él. Aún en las fotos de esa obra, se escucha la música del arroyo despeñándose cantarínamente. Se trató, pues, de una perfecta muestra de arquitectura orgánica, “en donde la naturaleza de los materiales, la naturaleza del propósito, la naturaleza de todo lo realizado, resulta evidente como una necesidad”. El arquitecto rescata, al fin, su condición primigenia de artista creador.

Pero el organicismo tiene otras afirmaciones. En síntesis pueden reducirse todas ellas a ocho principios básicos:

- a) Eliminación de lo accesorio, en busca de la simplicidad: la libertad expresiva prevalece en la inspiración del arquitecto.
- b) El edificio expresa al hombre, no como hombre-masa, sino como individuo diferenciado, vivo, humano.
- c) Aplicación orgánica de las formas: las construcciones son la prolongación palpitable del suelo y el paisaje, y por tal deben emplearse en ellas muros de piedra, pavimentos de granito, vigas de madera, etc. conjuntamente con los materiales modernos que la industria crea.
- d) Valoración de los colores: el uso del material está en relación estricta con sus valores cromáticos, pictóricos.
- e) Conservación de la pureza y la verdad de los ingredientes, pues “todo material tiene un mensaje y, para el artista creador, una poesía”.
- f) Integración orgánica de lo interno y lo externo, de tal modo que el edificio sea una unidad y, por ende, un poderoso medio expresivo.
- g) Construcción desde dentro, la cual permite depender la forma de la función: es la muerte, como se ve, de los fabricantes de “fachadas”, copias suntuarias, monumentos sin espíritu, etc.
- h) Planta libre, gracias a la que “cada espacio interior —como dice Aguilera Cerni— alcanza la dimensión estricta sin padecer el ahogo de sus límites con el espacio contiguo o el exterior”.

Algunos de estos descubrimientos —sorprendentes intuiciones que Wright llevaba a la realidad sin dificultad— fueron ruidosamente desdeñados por la arquitectura consagrada, pero su inventor no cejó en su afán de imponerlos. Al fin, sin que se supiera cómo, eran adoptados y difundidos, al punto de que muchos de ellos arribaron a Europa, fueron ahí entusiastamente acogidos y retornaron a Estados Unidos con el sello, tan prestigioso siempre, de lo importado. Ello sucedió, por ejemplo, con la luz denominada indirecta, incorporada por Wright cincuenta años antes de que se aplicara como lo más normal del mundo. La idea de la iluminación que, solar o artificial, hiciera de un determinado ambiente un lugar grato, brillante, abierto, era propia del concepto que el notable arquitecto tenía del edificio, y así lo demostró en las oficinas para la Johnson, espacios que el empleado y el obrero amaron hasta el extremo de multiplicar su rendimiento por el hecho de permanecer mayor tiempo que el fijado por los horarios en sus escritorios y talleres. El hombre se transforma si su hábitculo es propicio, noble, beneficioso para su espíritu. Si su hábitculo, en fin, lo considera como un hombre, no como una bestia de carga.

“En mi juventud —confesó alguna vez Frank Lloyd Wright— tuve que elegir entre la arrogancia honesta y la humildad hipócrita”. Prefirió, como es lógico, la primera. Equivalía aquélla a desechar todo lo que, de un modo u otro, significara la transacción interesada, la obsecuencia al poder, la entrega al comercio, el ocultamiento de las ideas ardientes que a vocación se imponían. Emprendió temerario una lucha contra lo que se difundía a contracorriente de la certeza arquitectónica. Su prédica, al cabo de una larga e infatigable vida, dio frutos magníficos. Para los Estados Unidos ganó la gloria de fundar un estilo que la historia del arte tendrá que señalar como el propio del siglo XX, el propio del desarrollo industrial y el auge de la economía capitalista, el propio de una nación ansiosa de señalar su contribución profunda y eterna al desarrollo de la humanidad. Para el hombre actual de todas las latitudes y para el hombre del futuro, conquistó una verdad que lo sitúa al lado de las más grandes figuras de la “acabable aventura cultural del hombre. Y ello a base de una sola verdad: se crea, en arte, en ciencia o en técnica, para seres vivos, cuyo sueño es siempre la dicha, la solidaridad, la paz.”